

LECTURAS DE FUENTES PRIMARIAS DE LA GUERRA CIVIL

Lectura #1

*Proyecto del Escritor de Oklahoma -George Kye, edad: 110 años
Fort Gibson, Oklahoma*

Cuando llegó la guerra yo ya era un hombre adulto, y me fui a servir porque el viejo Amo era demasiado viejo para ir, pero tenía que enviar a alguien de todos modos. Serví como George Stover, pero cada vez que el sargento gritaba "Abe Stover", yo respondía "Aquí".

Me hicieron conducir una carreta de mulas que el Viejo Amo proporcionó, y fui con los soldados de Sesesh [secesionistas] de Van Buren a Texarkana y de vuelta una docena de veces o más. Estuve en la guerra dos años, hasta el día de la libertad. Tuvimos una batalla cerca de Texarkana y otra grande cerca de Van Buren, pero nunca salí de Arkansas y nunca recibí un rasguño.

Una vez, en la batalla de Texarkana, estaba detrás de unos pinos y las balas cortaron las ramas sobre mí. Cavé un gran agujero con mis propias manos antes de que apenas supiera cómo lo hice.

Una vez, dos soldados blancos llamados Levy y Briggs llegaron a la caravana y dijeron que estaban cazando esclavos para algún propósito. Algunos de los chicos negros nos asustamos porque oímos que iban a Squire Mack y a recibir una recompensa por atrapar a los fugitivos, así que yo y dos más salimos de allí.

Salieron tras nosotros y llegamos a un gran montículo en el bosque y nos escondimos. Alguien me disparó y rodé hacia unos arbustos. Se levantó y bajó a buscarme, pero yo estaba al otro lado de su caballo y nunca me vio. Cuando se fueron, volvimos a las carretas justo cuando el regimiento se retiraba y el oficial no dijo nada.

Eran once chicos negros que servían en mi regimiento para sus amos. El primer año fue muy duro porque no teníamos suficiente para comer. Algunos comían vegetales sin grasa y se derribaron y murieron.

Cómo supe que estaba libre, nos dieron una paliza, creo. De todos modos, dejamos de pelear y un soldado federal se acercó a mi carreta y me dijo: "¿De quién son las mulas?" "De Abe Stover", le dije, y entonces me dijo: "¡Déjame decirte, chico negro, que ahora eres tan libre como el mismo Abe Stover!" Cuando dijo eso, ¡salté sobre el lomo de una de las mulas antes de saber nada!

Proyecto Federal de Escritores. (1936-1938). Narraciones de esclavos: Una historia popular de la esclavitud en los Estados Unidos de entrevistas con ex esclavos, Vol. 13, 172-175. Extraído de <https://www.loc.gov/item/mesn130/>

Lectura #2

Extracto de "Verdad y leyenda"

Por Sam Smith

Algunos sureños negros ayudaron a la Confederación. La mayoría de ellos fueron obligados a acompañar a sus amos o se vieron obligados a trabajar detrás de las líneas. A los hombres negros no se les permitía legalmente servir como soldados de combate en el ejército confederado: eran cocineros, carreteros y trabajadores manuales. No hubo unidades de combate confederadas negras en servicio durante la guerra y no existe documentación alguna que demuestre que un hombre negro haya sido pagado o pensionado como soldado confederado, aunque algunos recibieron pensiones por su trabajo como obreros. No obstante, los sirvientes negros y los soldados confederados establecieron vínculos en el crisol compartido del conflicto, y muchos sirvientes asistieron más tarde a reuniones del regimiento con sus camaradas de guerra.

[...] En esos mismos Registros Oficiales, ningún confederado hace referencia a tener soldados negros bajo su mando o en su unidad, aunque las referencias a los trabajadores negros son comunes. La inexistencia de unidades de combate de negros está indicada además por los registros de los debates en el Congreso Confederado sobre la cuestión del alistamiento de negros. La idea fue rechazada repetidamente hasta que, el 13 de marzo de 1865, el Congreso Confederado aprobó una ley para permitir que los hombres negros sirvieran en funciones de combate, aunque con la disposición "de que nada en esta ley se interpretará como una autorización para cambiar la relación que dichos esclavos tendrán con sus propietarios", es decir, que los soldados negros seguirían siendo esclavos.

Los combates activos terminaron menos de tres semanas después de la aprobación de la ley, y no hay pruebas de que ninguna unidad negra fuera aceptada en el Ejército Confederado como resultado de la ley. Cualquiera que sea el servicio de combate de los negros durante la guerra, no fue sancionado por el gobierno confederado. Incluso más allá de los Registros Oficiales, no se conoce ninguna carta, entrada de diario o cualquier otra fuente primaria en la que un confederado mencione haber servido con soldados negros.

Smith, S. (sin fecha). La verdad y la leyenda. American Battlefield Trust. Extraído de <https://www.battlefields.org/learn/articles/black-confederates>

Lectura #3

La Guerra Civil fue ganada por soldados inmigrantes

Por Don H. Doyle

En el verano de 1861, un diplomático estadounidense en Turín, Italia, se asomó a la ventana de la legación de Estados Unidos y vio a cientos de jóvenes formando una extensa fila. Algunos llevaban camisetas rojas, emblema de los garibaldinos que, durante su campaña en el sur de Italia, eran conocidos por señalar con un dedo en el aire y gritar *¡Italia unita!* (¡Italia unida!). ¡Ahora querían ser voluntarios para tomar las armas por *l'America unita!*

Mientras tanto, los inmigrantes que ya estaban en Estados Unidos respondieron a la llamada a las armas en cifras extraordinarias. En 1860, alrededor del 13% de la población estadounidense había nacido en el extranjero, más o menos lo mismo que hoy. Uno de cada cuatro miembros de las fuerzas armadas de la Unión era un inmigrante, unos 543,000 de los más de 2 millones de soldados de la Unión según estimaciones recientes. Otro 118% tenía al menos un progenitor nacido en el extranjero. En conjunto, los inmigrantes y los hijos de inmigrantes constituían alrededor del 43% de las fuerzas armadas estadounidenses.

Las legiones extranjeras de Estados Unidos dieron al Norte una ventaja incalculable. Nunca podría haber ganado sin ellos. Y, sin embargo, el papel de los soldados inmigrantes ha sido ignorado en la narración de una guerra de hermanos librada en suelo estadounidense, por soldados estadounidenses, por cuestiones de origen exclusivamente estadounidense.

En la década de 1860, los diplomáticos y partidarios de la Confederación en el extranjero estaban ansiosos por informar a los europeos de que el Norte estaba reclutando activamente a sus hijos para que sirvieran de carne de cañón. En un panfleto, el enviado confederado Edwin De Leon informaba a los lectores franceses de que el norte puritano había construido su ejército “en gran parte con mercenarios extranjeros” formados por “los desechos del viejo mundo”.

Los norteamericanos, avergonzados, afirmaban que la Confederación exageraba el número de reclutas extranjeros que formaban parte de las fuerzas armadas estadounidenses, señalando a los inmigrantes que saltaban las recompensas y que se alistaban para cobrar el dinero que se daba a los nuevos reclutas, desertaban y luego volvían a alistarse. La premisa subyacente era que los extranjeros no estaban inspirados por principios patrióticos y, salvo por el dinero, no tenían motivos para luchar y morir por una nación que no era la suya.

No era cierto. Los inmigrantes solían ser jóvenes y hombres, pero se alistaban por encima de su cuota. Muchos inmigrantes dejaron sus trabajos para luchar por la Unión, alistándose antes de que se introdujera el reclutamiento -y las recompensas-. Se ofrecieron como voluntarios, lucharon y se sacrificaron mucho más de lo que cabría esperar de unos extranjeros en una tierra extraña.

Los historiadores han hecho un excelente trabajo al recuperar las voces de los soldados nativos de habla inglesa. Pero las voces de las legiones extranjeras permanecen en silencio, gracias a la escasez de registros en los archivos, a las barreras lingüísticas que se plantean a los historiadores y, quizás, a un prejuicio persistente que mantiene a los extranjeros al margen de “nuestra” guerra civil.

¿Por qué lucharon? ¿Para qué lucharon? Los carteles de reclutamiento de la Sociedad Histórica de Nueva York dan pistas sobre las respuestas. Un cartel dice: *¡Patrioti Italiani! ¡Honvedek! Amis de la libertééj! ¡Deutsche Freiheits Kaempfer!* (¡Patriotas italianos! ¡Húngaros! ¡Amigos de la libertad! ¡Luchadores por la libertad de Alemania!) Luego, en inglés, insta a “250 hombres sanos... Patriotas de todas las naciones” a luchar por su “país de adopción”.

Una madre inmigrante testificó en 1863 ante una convención antiesclavista por qué su hijo de 17 años luchaba por la Unión. “Soy de Alemania, donde todos mis hermanos lucharon contra el Gobierno e intentaron hacernos libres, pero no lo consiguieron”, dijo. “Nosotros, los extranjeros, conocemos la preciosidad de ese grandioso y noble regalo mucho mejor que ustedes, porque ustedes nunca estuvieron en la esclavitud, pero nosotros hemos nacido en ella”.

Tras el fracaso de la Revolución de 1848, miles de jóvenes alemanes huyeron a Estados Unidos. Tomaron las armas en lo que consideraban una batalla más en la lucha revolucionaria contra las fuerzas de la aristocracia y la esclavitud. “No es una guerra en la que dos potencias luchan por ganar un pedazo de tierra”, escribió un alistado alemán a su familia. “En cambio, se trata de la libertad o la esclavitud, y bien puedes imaginar, querida madre, que apoyo la causa de la libertad con todas mis fuerzas”.

En otra carta escrita a su familia en Europa, un soldado alemán daba una concisa explicación de la guerra: “No tengo espacio ni tiempo para explicar todo sobre la causa, solo esto: los estados que se rebelan son estados esclavistas, y quieren que se expanda la esclavitud, pero los estados del norte se oponen a ello, ¡y por eso es la guerra civil!”

Así que fue una guerra civil, pero para muchos soldados y ciudadanos nacidos en el extranjero, esto fue mucho más que la guerra de Estados Unidos. Fue una contienda épica por el futuro del trabajo libre contra la esclavitud, por la igualdad de oportunidades contra el privilegio y la aristocracia, por la libertad de pensamiento y expresión contra el gobierno opresivo, y por el autogobierno democrático contra el dominio dinástico. Los extranjeros se unieron a la guerra para librar las mismas batallas que se habían perdido en el Viejo Mundo. La suya era la causa no solo de Estados Unidos, sino de todas las naciones.

Doyle, D. H. (2015, 29 de junio). La Guerra Civil fue ganada por soldados inmigrantes. Hora. Extraído de <https://time.com/3940428/civil-war-immigrant-soldiers/>



Lectura #4

“Espero caer de cara al enemigo”

Lewis Douglass describe la batalla de Fort Wagner, 1863

Morris Island, S.C., 20 de julio

Mi querida Amelia: He estado en dos peleas, y estoy ileso. Estoy a punto de ir a otra creo que esta noche. Nuestros hombres lucharon bien en ambas ocasiones. La última fue desesperada, cargamos contra esa terrible batería en la isla Morris, conocida como Fort Wagoner, y fuimos rechazados con una pérdida de 3 muertos y heridos. Escapé ileso de entre aquella perfecta lluvia de disparos y proyectiles. Fue terrible. No es necesario particularizar, los periódicos darán un mejor informe que el que tengo tiempo para dar. Mis pensamientos están contigo a menudo, eres tan querida como siempre, sé lo suficientemente buena para recordarlo como no dudo que harás. Como he dicho antes, estamos en vísperas de otro combate y estoy muy ocupado y solo he aprovechado un momento para escribirte. Debo ser necesariamente breve. Si caigo en el próximo vuelo muerto o herido, espero caer con la cara hacia el enemigo.

Si sobrevivo, te escribiré una larga carta. DeForrest de tu ciudad está herido, George Washington está desaparecido, Jacob Carter está desaparecido, Chas Reason herido, Chas Whiting, Chase Creamer todos heridos. Los anteriores están en el hospital.

Este regimiento ha establecido su reputación como un regimiento de lucha, ningún hombre se acobardó, aunque fue un momento difícil. Los hombres cayeron a mi alrededor. Un proyectil estallaba y despejaba un espacio de seis metros, nuestros hombres se cerraban de nuevo, pero era inútil que nos retiráramos, lo cual era una tarea muy peligrosa. No puedo decir cómo salí vivo de esa pelea, pero aquí estoy. Mi querida niña, espero volver a verte. Debo despedirme de ti si me matan. Recuerda que si muero, muero por una buena causa. Ojalá tuviéramos cien mil tropas de color, pondríamos fin a esta guerra. Adiós a todos. Escriban pronto. Su querido LEWIS

Nota: Lewis Douglass era hijo de Frederick Douglass y sargento de la Infantería Cincuenta y Cuatro de Massachusetts del ejército de la Unión. La Cincuenta y Cuatro, dirigida por su coronel blanco, Robert Gould Shaw, descendiente de una prominente familia de Boston, era un regimiento negro de élite. El 18 de julio de 1863, la Cincuenta y Cuatro montó un ataque valiente pero desesperado contra Fort Wagner, que protegía el Puerto de Charleston. Shaw y casi la mitad del regimiento murieron. Los afroamericanos ya habían demostrado su valía en las batallas de la Guerra Civil, pero la batalla de Fort Wagner atrajo la atención del público hacia el heroísmo de los soldados negros. En esta carta a la mujer con la que más tarde se casó, Douglass, que aún no era consciente de las dimensiones de las pérdidas de su regimiento, describió la batalla.

Woodson, C. (sin fecha). *“Espero caer de cara al enemigo”*: Lewis Douglass describe la batalla de Fort Wagner, 1863. *History Matters*.
Extraído de <http://historymatters.gmu.edu/d/6215>

Lectura #5

Diario de Emma Florence LeConte [...] escrito a sus diecisiete años y que contiene un relato detallado de la quema de Columbia, por alguien que fue testigo presencial.

Columbia, Carolina del Sur, 31 de diciembre de 1864

El último día del año -siempre un día sombrío- hoy lo es doblemente. Unas oscuras nubes plomizas cubren el cielo y un incesante repiqueteo de la lluvia que lleva cayendo todo el día. El aire es frío y húmedo, y el viento de la mañana lo llena a uno de melancolía. Una conclusión adecuada para un año como este - "¡es un año viejo para que llores por las desgracias que has traído a nuestro país!" ¿Y qué esperanza hay para alegrar el nuevo año que se avecina? Por desgracia, no me entusiasma el nuevo año: "Mis pensamientos siguen aferrándose al pasado enmohecido". Sí, el año que agoniza nos ha traído más problemas que cualquiera de los otros tres largos y lúgubres años de esta temible lucha. Georgia ha sido desolada. La inundación indefensa ha barrido con ese estado, dejando solo un desierto para marcar su huella. Y ahora nuestros odiosos enemigos tienen a Savannah. El viejo y noble Charleston va a ser abandonado por fin. Se están preparando para lanzar la destrucción sobre el Estado que más odian, y el bruto de Sherman confiesa su intención de convertir Carolina del Sur en un desierto. No quedará ni una sola casa en pie, dice, y sus tropas licenciosas -blancos y negros- quedarán libres para asolar y violar. Todo lo que hay entre nosotros y nuestro miserable destino es un puñado de milicianos crudos reunidos cerca de Branchville. Y sin embargo, pueden decir que hay una Providencia que lucha por los que luchan por la libertad, ¡que defienden sus hogares y todo lo preciado! Sin embargo, a estos vándalos, a estos demonios encarnados, se les permite invadir nuestra tierra ¡Oh, mi país! ¿Viviré para verlos subyugados y esclavizados por estos yanquis? Seguramente todos los hombres y mujeres morirán antes. Por todos lados amenazan, solo el noble ejército de Lee se mantiene firme. Las naciones extranjeras miran nuestros sufrimientos y no nos ayudan. Nuestros hombres están siendo asesinados, los niños de dieciséis años son reclutados. Los especuladores y extorsionistas nos están matando de hambre. Pero, ¿es el momento de hablar de sumisión? ¿Ahora que los yanquis han profundizado y ampliado la brecha con mil nuevas atrocidades? Un mar se extiende entre ellos y nosotros: un mar de sangre. Casas humeantes, mujeres ultrajadas, padres, hermanos y maridos asesinados prohíben tal unión. ¡Reunión! ¡Cielos! ¡Cómo los odiamos con toda la fuerza y profundidad de nuestras almas!

Me pregunto si el nuevo año nos traerá nuevas miserias y sufrimientos. Me temo que sí. Solíamos tener brillantes anticipaciones de paz y felicidad para el nuevo año, pero ahora no me atrevo a mirar hacia adelante. La esperanza ha desaparecido, y en su lugar solo queda un espíritu de tenaz resistencia.

Leconte, E. (1865). Diario, 1864-1865 (Transcripción del manuscrito): Edición electrónica. Documentando el Sur de Estados Unidos. Extraído de <https://docsouth.unc.edu/fpn/leconteemma/leconte.html>

Lectura #6

*Extracto de Recuerdos de mi vida en el campamento con las 33as Tropas de Color de los Estados Unidos de los fallecidos primeros voluntarios de Carolina del Sur
por Susie King Taylor*

Por aquel entonces había leído tanto sobre los “yanquis” que estaba muy ansioso por verlos. Los blancos les decían a sus gentes de color que no fueran con los yanquis, porque los enganchaban a los carros y los hacían tirar de ellos, en lugar de los caballos. Un día le pregunté a la abuela si eso era cierto. Ella respondió: “¡Claro que no!”, que los blancos no querían que los esclavos se pasaran a los yanquis, y que les decían esas cosas para asustarlos. “¿No ves esos carteles pegados por las calles? Al leer: “Soy una serpiente de cascabel; ¡si me tocas, te golpearé!” Otro dice: “¡Soy un gato salvaje! Cuidado”, etc. Estas son advertencias para el Norte; así que no te preocupes por lo que digan los blancos”. Tenía muchas ganas de ver a estos maravillosos “yanquis”, ya que escuché a mis padres decir que el yanqui iba a liberar a todos los esclavos. ¡Oh, cómo rezaba esa gente por la libertad! Recuerdo que una noche, mi abuela fue a los suburbios de la ciudad a una reunión de la iglesia, y estaban cantando fervientemente este viejo himno..

Sí, todos seremos libres,

Sí, todos seremos libres,

Sí, todos seremos libres,

Cuando el Señor aparezca.

-cuando la policía entró y arrestó a todos los que estaban allí, diciendo que estaban planeando la libertad, y la arena, “el Señor”, en lugar de “Yankee”, para cegar a cualquiera que pudiera estar escuchando. La abuela nunca olvidó aquella noche, aunque no se quedó en el cuartel, ya que mandó llamar a su tutor, que vino enseguida a buscarla; pero esta fue la última reunión a la que asistió fuera de la ciudad propiamente dicha.

El 1 de abril de 1862, más o menos cuando los soldados de la Unión disparaban sobre Fort Pulaski, me enviaron al campo con mi madre. Recuerdo el rugido y el estruendo que hacían los cañones. Han sacudido la tierra por kilómetros. El fuerte fue finalmente tomado por ellos. Dos días después de la toma de Fort Pulaski, mi tío nos llevó a su familia de siete miembros y a mí a la isla de Santa Catarina. Desembarcamos bajo la protección de la flota de la Unión, y permanecemos allí dos semanas, cuando a unos treinta de los nuestros nos llevaron a bordo del cañonero P-, para ser trasladados a la isla de San Simón; y por fin, para mi ilimitada alegría, vi al “Yankee”.

Una vez instalados a bordo y en marcha, el capitán Whitmore, al mando del barco, me preguntó de dónde era. Le dije que Savannah, Georgia. Me preguntó si sabía leer; le dije que sí. “¿Sabes escribir?”, me preguntó a continuación. “Sí, también puedo hacerlo”, le contesté, y como si tuviera alguna duda de mis respuestas me entregó un libro y un lápiz y me dijo que escribiera mi nombre y de dónde era.

Hice esto; cuando quiso saber si sabía coser. Al oír que podía, me pidió que le hiciera un dobladillo a unas servilletas. Se sorprendió de mis logros (porque eran tales en aquellos días), pues dijo que no sabía que hubiera negros en el Sur que supieran leer o escribir. Me dijo: “Parece que eres muy diferente de las otras personas de color que vinieron del mismo lugar que tú. “¡No!” Le contesté: “la única diferencia es que ellos se criaron en el campo y yo en la ciudad, al igual que un hombre de Darien, Georgia, llamado Edward King”. Eso pareció satisfacerle, y ese día no tuvimos más conversaciones sobre el tema.

Por la tarde, el capitán divisó un barco en la distancia, y al acercarse se dio cuenta de que tenía una bandera blanca izada, pero antes de que llegara al Putumoka ordenó a todos los pasajeros que se metieran entre las cubiertas, para que no nos vieran, pues pensó que podrían ser espías. El barco finalmente se acercó a nuestro barco, y tenía al señor Edward Donegall a bordo, que quería a sus dos sirvientes, Nick y Judith. Los quería, ya que eran sus propios hijos. Nuestro capitán le dijo que no sabía nada de ellos, lo cual era cierto, pues en ese momento estaban en San Simón, y no, como suponía su padre, en nuestro barco. Después de que el barco se fuera, se nos permitió subir a cubierta de nuevo.

Taylor, S.K. (1902). Recuerdos de mi vida en el campamento con el 33as Tropas de Color de los Estados Unidos de los fallecidos primeros voluntarios de Carolina del Sur. Documentando el Sur de Estados Unidos. Extraído de <https://docsouth.unc.edu/neh/taylorsu/taylorsu.html>

Lectura #7

Las últimas tropas confederadas que se rindieron en la Guerra Civil eran nativos americanos; así es como acabaron luchando por el Sur.

Por Tom Porter

Incluso después de que el comandante confederado Robert E. Lee se rindiera en el Tribunal de Appomattox, Virginia, el 9 de abril de 1865, un ejército confederado se negó a reconocer la derrota y durante meses siguió luchando obstinadamente.

No estaba dirigido por uno de los acaudalados blancos del sur que formaban gran parte de la clase oficial de la Confederación, sino por un jefe nativo americano llamado Stand Watie.

Entonces, ¿cómo llegó un dirigente de un pueblo que se enfrentaba a una persecución sistemática a luchar por una causa fundada en el racismo y el derecho a poseer esclavos?

La historia ilustra cómo en la Guerra Civil, la presencia de un enemigo común hizo que se formaran alianzas inesperadas, incluida una alianza que Paul Chaat Smith, conservador del Museo Nacional de los Nativos Americanos, ha caracterizado como un “perro sarnoso y gruñón que se interpone entre usted y una narración que complace al público”.

El propio Watie era propietario de una plantación y de esclavos, y se había establecido en Oklahoma después de desempeñar un papel fundamental en los acontecimientos que dieron lugar al desalojo de miles de nativos americanos de sus tierras en lo que hoy es Georgia.

Nació en 1806 en el territorio cherokee, cerca de lo que hoy es Rome, Georgia, y recibió el nombre cherokee Degataga, que significa “mantenerse firme”.

Su padre -también propietario de esclavos- fue bautizado, dando a su hijo el nombre cristiano de Isaac S Uwatie. Al eliminar la “U” y combinarla con su nombre cherokee, su hijo adoptó el nombre de Stand Watie.

En 1835, Watie fue uno de los dirigentes cherokees que firmó el tratado de Nueva Echota por el que se entregaba el territorio ancestral cherokee al gobierno federal. A cambio, se les concedieron tierras para reasentar la nación hacia el oeste, en el Territorio Indio, en lo que hoy es Oklahoma.

Algunos se negaron a marcharse y fueron expulsados por la fuerza por el gobierno. Se cree que cerca de 4,000 cherokees murieron al intentar hacer el viaje al Territorio Indio después de 1838 en lo que se conoce como el Camino de las Lágrimas.

Cuatro años después del tratado, los cherokees se volvieron contra los que habían cedido sus tierras y asesinaron a tres de ellos. Watie sobrevivió.

El jefe cherokee de John Ross, que se opuso al tratado, se convirtió en un enemigo acérrimo de Watie.

En 1861, Georgia cedió la Unión, convirtiéndose en uno de los siete estados originales que formaron la Confederación esclavista.

Ese mismo año, Watie reunió una fuerza de nativos americanos para luchar por la Confederación cuando el Norte y el Sur entraron en guerra.

Fue el gobierno federal, responsable de despojar a los cherokees de sus tierras ancestrales, el que Watie -al igual que muchos de los suyos- consideró su principal enemigo, no la Confederación.

Y, sorprendentemente, muchos cherokees eran a su vez propietarios de esclavos, y algunos de ellos se los llevaron al Territorio Indio tras los reasentamientos forzados en el oeste.

Smith ha descrito a los Cherokee como “profundamente comprometidos con la esclavitud”.

Según declaró a la revista Smithsonian, “establecieron sus propios códigos negros racializados, restablecieron inmediatamente la esclavitud cuando llegaron a territorio indio, reconstruyeron sus naciones con mano de obra esclava, aplastaron las rebeliones de los esclavos y se alinearon con entusiasmo con la Confederación en la Guerra Civil”.

La fuerza de Watie se ganó una temible reputación, realizando audaces incursiones tras las líneas enemigas y atacando asentamientos de nativos americanos leales a la Unión.

Incluso cuando la mayoría de los cherokees repudiaron la alianza con la Confederación en 1862, Watie siguió siendo leal. Su éxito como comandante militar fue tal que, en 1865, Watie fue ascendido al rango de general de brigada, siendo uno de los dos únicos nativos americanos que alcanzaron dicho rango en el conflicto.

No fue hasta el 23 de junio de 1864 que Watie se rindió a las fuerzas de la Unión en Doaksville, Oklahoma. Al hacerlo, se convirtió en el último general confederado en deponer las armas en la Guerra Civil.

Su fuerza en ese momento comprendía indios Creek, Seminold, Cherokee y Osage.

Waties encabezó una delegación de su facción cherokee en Washington DC en 1866 para negociar un nuevo tratado con el gobierno estadounidense. Su lealtad a la Confederación significaba que los viejos tratados se habían roto.

El nuevo tratado firmado por Watie concedía a los antiguos esclavos la ciudadanía tribal.

Después de la guerra, Watie pasó el resto de su vida como empresario y propietario de plantaciones, y recopilando los cuentos y leyendas populares de su pueblo. Murió en 1871.

Porter, T. (2019, 23 de junio). Cómo los nativos americanos acabaron luchando por la Confederación. Business Insider. Extraído de <https://www.businessinsider.com/how-native-americans-ended-up-fighting-for-the-confederacy-2019-6>



Lectura #8

Cuartel General, Mil. Div. del Miss. Chattanooga, Tenn.

18 de noviembre de 1863

Querido hermano Nic:

La tuya del 30 de septiembre fue recibida esta tarde. Te lo agradezco mucho, y te lo agradezco más porque creo que es la primera carta que recibo de ti desde mi ingreso en el Ejército. Por el encabezado de mi carta percibirás que no solo he cambiado mi lugar en el Ejército, sino mi ubicación en la geografía de este país pagano y abandonado por Dios. Ahora soy Asistente Adjunto General del Personal del General Grant, que está al mando de la División Militar del Mississippi, un distrito que comprende casi la mitad de los Estados Unidos, y que tiene dentro de sus límites la mitad, si no más, de los Ejércitos o tropas de la Unión Federal.

La flor y nata del Ejército del Sur está aquí a corta distancia en nuestro frente. A pocas millas de aquí, se peleó hace poco tiempo, la batalla entre Rosecrans & Bragg. Antes de que esta carta te llegue, se peleará otra batalla entre Grant y Bragg. En mi opinión, la cuestión o el resultado no es dudoso. A menos que Bragg gane, será uno de los peores azotados del sur. Y por otro lado, si se aprovecha de nosotros, estaremos en una mala situación.

Ahora, Nic, tú en el Norte, que estás fuera del alcance del ruido, las emociones y las dificultades de la vida en el ejército, no puedes empezar a comprender lo que es la guerra. Como he dicho, aquí hay dos grandes ejércitos a la vista el uno del otro. Todo su estudio y objetivo es destruirse mutuamente. Se observan mutuamente con ojo avizor. Diariamente oímos el traqueteo de los mosquetes cuando las partidas de exploradores se encuentran. Y no hay hora del día en que no se oiga el fuerte estampido del cañón, y el grito del proyectil al volar por el aire, y su estruendosa explosión final al estallar, esparciendo sus proyectiles mortales en todas direcciones.

Ahora bien, esto es un asunto común y cotidiano y nadie le presta más atención que al estallido de un árbol congelado en pleno invierno en el norte. Crees que mis temores han sido exaltados por lo que he visto y experimentado. Nunca has estado más equivocado en tu vida. Entraría en una batalla regular con la misma tranquilidad con la que iría a comer cuando tengo hambre, pero no me gusta que me disparen los enemigos invisibles desde detrás de los árboles, los tocones y los troncos, como me ocurrió en el Mississippi, y sin posibilidad de pagar al enemigo. Y además, un hombre prudente, que se dedique a lo que yo me dedico ahora, sabe muy bien que cuando va a la batalla, puede estar yendo a su destino de muerte, y si tiene un asunto terrenal que arreglar, que lo haga antes de entrar en un peligro tan inminente.

Ahora Nic, puedes imaginar que por hacer esto, me estaba asustando. Ordené, cuando esperaba ir a Little Rock, Arkansas, que si caía en batalla, que toda la propiedad que tenía en el norte, se dividiera en partes iguales entre Carrie, Padre y tú. Este Nic, será mi testamento en caso de que me maten durante

la guerra. Ahora bien, al hacer esto, no demuestro miedo, sino prudencia. No temo a ninguna bala, disparo o proyectil rebelde en una lucha justa y, para decirles mi sincera convicción, no creo que vaya a morir en la guerra. Me propongo volver a casa y establecerme de nuevo en mi granja, y ponerme a trabajar como hacen todos los hombres honrados. En lugar de pensar en mí como en un hombre muerto, quiero que guardes en tu mente la convicción de que vuelvo a casa para alegrar con mi presencia el hogar de los parientes y amigos que tienen buena opinión de mí.

Mi experiencia oficial en el Ejército como adjunto es accidentada, o como dirían algunos, singular. Cuando recibí mi nombramiento, el Secretario de Guerra me ordenó nombrar al Gral. John E. Smith; estuvo encantado de recibirme y me lo hizo muy agradable. Me estaba yendo a las mil maravillas cuando me llegaron órdenes de presentarme ante el General Mayor Grant, y me puso al servicio de su personal. Cuando llegamos aquí, el personal del General tenía poco que hacer. Yo tenía poco que hacer, y un General Wm. F. Smith vino y quiso pedirme prestado, y el General Grant consultó para prestarme. El General Wm. F. Smith está al mando del Departamento de Ingenieros del Ejército, y sabiendo que soy un ingeniero, me aceptó. Ahora quiere que deje a Grant y me quede con él, pero no lo haré, aunque haré el trabajo de las Tropas de Ingenieros mientras el General Grant me quiera. Así que ya ves que me estoy haciendo útil prestando mis servicios deseables a los mejores generales del Ejército. Me siento muy halagado y complacido por las amables atenciones de todos los hombres del ejército con los que he estado en contacto oficialmente. En cuanto al soldado común, cumple con su deber y rinde respeto a mi posición.

En cuanto a los asuntos del hogar, me alegra saber lo que has hecho, y que todo está bien atendido. Quiero que la familia, es decir, padre y Carrie, sean debida y liberalmente atendidos. No debería faltarles nada. La granja es lo suficientemente grande como para dar una buena vida, y debería hacerlo. Cuando me fui al ejército, no dejé dinero en casa, porque no tenía nada que dejar. Tuve que pedir prestados 500 dólares para prepararme y llegar a mi puesto. Esto lo tengo que pagar con mi salario de soldado, y hasta que no lo paguen, en casa no pueden esperar ninguna ayuda de mí, y ni siquiera entonces, pues hay que cubrir una hipoteca que pesa sobre mí de otros 500 dólares, y otras deudas que ascienden a 400 dólares más. Así que ya ves por mi declaración que soy realmente un hombre pobre.

Durante más de seis semanas he sido un hombre enfermo. En ese tiempo, he perdido 9 kilos de peso. Ahora estoy subiendo peso, pero muy lentamente. Nuestra alimentación es carne, pan y café, tres veces al día. Dormir, casi en cualquier lugar. Escríbame de nuevo cuando tu tiempo te lo permita. Está atento a los periódicos para ver las noticias de aquí. Una gran conmoción está a punto de producirse de nuevo entre estas colinas. Mis saludos a la Sra. e hijos, y al Sr. Wright y Sra.

De tu hermano vivo,

Ely S. Parker

Parker, E. (1863, 18 de noviembre). Cuartel general, div. mil. de la Miss. Chattanooga, Tenn. Diarios de la Guerra Civil de PBS. Extraído de <http://www.pbs.org/warrior/content/timeline/opendoor/civilwarDiaries.html>

Lectura #9

Recordando a los inmigrantes que lucharon en la Guerra Civil estadounidense
por Lisa Mullins

17 de septiembre de 2012

El lunes se celebró una ceremonia en un pequeño pueblo del oeste de Maryland para recordar el día más sangriento de la historia de Estados Unidos. Ciento cincuenta años después, el 17 de septiembre de 1862, un ejército de la Unión dirigido por el general George B. McClellan atacó a las fuerzas confederadas de Robert E. Lee a lo largo del arroyo Antietam, cerca de Sharpsburg, Maryland. La Unión no ganó directamente, pero las fuerzas rebeldes se vieron obligadas a retirarse al día siguiente. El coste humano, para ambas partes, fue inmenso. Veintitrés mil hombres murieron, fueron heridos o desaparecieron ese día. Nunca antes, ni después, habían caído tantos estadounidenses en batalla en un solo día. La “victoria” permitió al presidente Lincoln emitir la Proclamación de Emancipación unos días después, liberando a los esclavos de los estados rebeldes. Estos son los hechos conocidos sobre la batalla de Antietam. Uno de los hechos no tan conocidos es que muchos de los que lucharon ese día eran de origen extranjero. El ataque a una postura rebelde clave, un camino hundido, fue dirigido por la Brigada Irlandesa, inmigrantes reclutados por los estados de Nueva York, Pensilvania y Massachusetts. Por otra parte, el 79º Regimiento de Nueva York se distinguió: eran Highlanders escoceses, con gaitas. Los alemanes formaban una gran proporción de las tropas de la Unión. Todo un cuerpo de varias divisiones estaba formado por voluntarios alemanes, y todas las órdenes, desde el general hasta el cabo más bajo, se daban en alemán. Las quejas sobre ese bilingüismo en el ejército fueron desestimadas por Lincoln. El mayor Leopold Blumenberg, un inmigrante judío de Prusia Oriental, dirigió el 5º Regimiento de Maryland, totalmente alemán, contra una posición ocupada por el 12º de Alabama, dirigido por otro judío alemán, el capitán Adolph Proskauer. En general, los inmigrantes constituyeron el 25 por ciento del ejército de la Unión en la Guerra Civil: es una proporción mucho mayor que la de los inmigrantes en la población general. Según Patrick Young, bloguero de historia y defensor de la inmigración, muchos se unieron por su oposición a la esclavitud. Otros, dice Young, siempre escribían sobre cómo Estados Unidos era la única esperanza en el mundo para la libertad y la democracia, lo que llamaban republicanismo. “Los príncipes y los reyes se alegrarían”, cita Young, “si los Estados Unidos se dividieran”. Young afirma que la guerra también transformó el lugar de los inmigrantes en la mente de muchos estadounidenses nacidos en el país, al menos en el norte.

Mullins, L. (2012, Sep. 17). Recordando a los inmigrantes que lucharon en la Guerra Civil estadounidense. Public Radio International. Extraído de <https://www.pri.org/stories/2012-09-17/remembering-immigrants-who-fought-us-civil-war>

Lectura #10

Mujeres soldado de la Guerra Civil
por DeAnne Blanton

Es una convención aceptada que la Guerra Civil fue una lucha de hombres. Las imágenes de las mujeres durante ese conflicto se centran en las abnegadas enfermeras, las románticas espías o las valientes damas que mantienen el frente interno en ausencia de sus hombres. Los hombres, por supuesto, marcharon a la guerra, vivieron en campos plagados de gérmenes, participaron en atroces batallas, languidieron en espantosos campos de prisioneros y murieron horriblemente, aunque heroicamente. Esta imagen convencional de los roles de género durante la Guerra Civil no cuenta toda la historia. Los hombres no fueron los únicos que lucharon en esa guerra. Las mujeres también portaban armas y cargaban en la batalla. Al igual que los hombres, hubo mujeres que vivieron en el campamento, sufrieron en las cárceles y murieron por sus respectivas causas.

Tanto el ejército de la Unión como el de la Confederación prohibieron el alistamiento de mujeres. Por ello, las mujeres soldado de la Guerra Civil asumieron nombres masculinos, se disfrazaron de hombres y ocultaron el hecho de que eran mujeres. Debido a que se hicieron pasar por hombres, es imposible saber con certeza cuántas mujeres soldado sirvieron en la Guerra Civil. Se estima que hay hasta 250 mujeres en las filas del ejército confederado. Escribiendo en 1888, Mary Livermore, de la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos, recordaba que:

Alguien ha declarado que el número de mujeres soldado conocidas en el servicio es poco menos de cuatrocientas. No puedo garantizar la exactitud de esta estimación, pero estoy convencido de que un número mayor de mujeres se disfrazó y se alistó en el servicio, por una u otra causa, de lo que se soñaba. Atrinchadas en secreto, y consideradas hombres, a veces se revelaban como mujeres, por accidente o por casualidad. Algunas historias sorprendentes de estas mujeres militares eran actuales en los chismes de la vida del ejército.

Livermore y los soldados del ejército de la Unión no eran los únicos que conocían a las mujeres soldado. Los ciudadanos ordinarios también oyeron hablar de ellas. Mary Owens, descubierta como mujer tras ser herida en el brazo, regresó a su casa de Pensilvania con una cálida recepción y cobertura de prensa. Había servido durante dieciocho meses bajo el alias de John Evans.

En la época posterior a la Guerra Civil, el tema de las mujeres soldado siguió apareciendo tanto en la literatura como en la prensa. La obra *Women of the War* de Frank Moore, publicada en 1866, dedicó un capítulo entero a las heroínas militares del Norte. Un año después, L.P. Brockett y Mary Vaughan mencionaron a las damas “que por cualquier causa... se ponían el atuendo masculino y ocultaban su sexo... [que] no buscaban ser conocidas como mujeres, sino que preferían pasar por hombres”. Loreta Velázquez publicó sus memorias en 1876. Sirvió a la Confederación como teniente Harry Buford, un soldado autofinanciado no adscrito oficialmente a ningún regimiento.

La existencia de mujeres soldado no era un secreto durante o después de la Guerra Civil. El público lector, al menos, era consciente de que estas mujeres rechazaban las limitaciones sociales victorianas que las confinaban a la esfera doméstica. Sus motivos se prestan a la especulación, tal vez, pero no sus acciones, como atestiguan numerosos relatos periodísticos y obituarios de mujeres soldado.

La mayoría de los artículos ofrecían pocos detalles específicos sobre la carrera militar de cada mujer. Por ejemplo, la esquelita de Satronia Smith Hunt se limita a indicar que se alistó en un regimiento de Iowa con su primer marido. Él murió por las heridas de la batalla, pero ella aparentemente salió ilesa de la guerra. Una historia de 1896 sobre Mary Steven Jenkins, que murió en 1881, cuenta una historia igualmente breve. Se alistó en un regimiento de Pensilvania cuando aún era una colegiala, permaneció en el ejército dos años, recibió varias heridas y fue licenciada sin que nadie se diera cuenta de que era mujer. La prensa parecía despreocupada por las hazañas militares reales de las mujeres. Más bien, la fascinación residía en el simple hecho de que habían estado en el ejército.

Sin embargo, el propio ejército no tenía en cuenta a las mujeres soldado, ni de la Unión ni de la Confederación. De hecho, a pesar de las pruebas registradas que demuestran lo contrario, el ejército estadounidense intentó negar que las mujeres desempeñaran un papel militar, por pequeño que fuera, en la Guerra Civil. El 21 de octubre de 1909, Ida Tarbell de *The American Magazine* escribió al general F.C. Ainsworth, el general adjunto: “Estoy ansioso por saber si su departamento tiene algún registro del número de mujeres que se alistaron y sirvieron en la Guerra Civil, o si tiene algún registro de mujeres que estuvieron en el servicio”. Recibió una rápida respuesta de la Oficina de Registros y Pensiones, una división de la Oficina del Ayudante General (AGO), con la firma de Ainsworth. La respuesta decía en parte:

Tengo el honor de informarle que no se ha encontrado ningún registro oficial en el Departamento de Guerra que muestre específicamente que alguna mujer se haya alistado en el servicio militar de los Estados Unidos como miembro de alguna organización del Ejército Regular o Voluntario en algún momento del período de la guerra civil. Es posible, sin embargo, que haya habido algunos casos de mujeres que hayan servido como soldados durante un corto periodo de tiempo sin que se haya detectado su sexo, pero no se conoce ningún registro de tales casos en los archivos oficiales.

Esta respuesta a la petición de la Sra. Tarbell es falsa. Uno de los deberes de la AGO era el mantenimiento de los archivos del Ejército de los Estados Unidos, y la AGO cuidó bien los registros existentes creados durante ese conflicto. En 1909, la AGO también había creado registros de servicio militar compilados (CMSR) para los participantes de la Guerra Civil, tanto de la Unión como de la Confederación, a través de una minuciosa copia de los nombres y observaciones de los documentos federales oficiales y de los registros confederados capturados. Dos

de estos CMSR demuestran que el ejército sí tenía documentación sobre el servicio de las mujeres soldado.

Blanton, D. (2017, 7 de diciembre). Mujeres soldado de la Guerra Civil. Archivos Nacionales. Extraído de <https://www.archives.gov/publications/prologue/1993/spring/women-in-the-civil-war-1.html>



Lectura #11

Mi experiencia en la Guerra Civil
por Jacob Stroyer

Mis conocimientos sobre la Guerra Civil abarcan desde el momento en que se disparó el primer cañón sobre Fort Sumter en abril de 1861 hasta el final de la Guerra.

Aunque los esclavos no fueron presionados en el servicio confederado como soldados, fueron utilizados en todos los estados esclavistas en los puntos de guerra, no solo para construir fortificaciones, sino también para trabajar en los buques utilizados en la guerra.

Los esclavos fueron reunidos en cada estado, entre 6,000 y 8,000 o más, de diferentes plantaciones, llevados a algún centro y enviados a varios puntos de guerra en el estado.

Sería imposible describir la intensa excitación que reinaba entre los confederados en sus esfuerzos unidos por reunir tropas para enfrentarse a las fuerzas de la Unión. Expresaron con fuerza la certeza de la victoria.

Muchos de los hombres blancos pobres fueron alentados por la promesa de tres a cinco negros por cada hombre que sirviera en el servicio confederado, cuando el gobierno confederado hubiera obtenido la victoria.

Por otro lado, los negros se vieron amenazados con un aumento del yugo de la esclavitud. Estas amenazas se hicieron con expresiones significativas, y con la suposición más fuerte de que el negro era la causa directa de la guerra. [...]

El Fuerte Sumter se había dañado mucho por las fuerzas de la Unión en 1863 que, a menos que se hubiera hecho algo en la cima, el continuo bombardeo que sufrió hasta el final de la guerra lo habría hecho inhabitable.

El fuerte recibía disparos cada cinco minutos con morteros y proyectiles de loro por los yanquis desde la isla de Morris.

El principal trabajo de los negros era asegurar la parte superior y otras partes contra el daño de los cañones de la Unión.

Se colocaron grandes maderos en la muralla del fuerte y se colocaron tablas sobre ellos, luego se colocaron cestas, sin fondo, de unos dos pies de ancho y cuatro de alto, cerca de la muralla y los negros las llenaron de arena.

El trabajo solo podía hacerse por la noche, porque, además del bombardeo desde el Fuerte Wagner, que estaba a una milla o menos de nosotros, también había allí tiradores de precisión que eliminaban a los hombres cada vez que asomaban la cabeza por la muralla.

Los proyectiles de mortero y de loro llovían alternativamente sobre el Fuerte Sumter cada cinco minutos, de día y de noche, pero los tiradores de punta solo podían disparar a la luz del día.

Los negros fueron los principales expuestos al bombardeo. El único momento en el que los pocos soldados confederados se expusieron al peligro fue mientras ponían el Chevaldefrise en el parapeto por la noche.

El “Chevaldefrise” es un trozo de madera con púas de madera apuntadas con hierro, que se utiliza para la defensa en las fortificaciones.

En la última guerra entre los españoles y los estadounidenses, los primeros utilizaron alambre de espino con el mismo fin.

Si mis lectores hubieran podido estar en Fort Sumter en el verano de 1864 habrían oído al centinela gritar, cada cinco minutos, “¡Cuidado! ¡Mortero!” Entonces habrían visto a los negros corriendo por el patio del fuerte en un estado de confusión, buscando lugares seguros para protegerse del misil que seguramente traería la muerte a uno o más de ellos. Otros cinco minutos, y de nuevo el grito del centinela, “¡Cuidado!”, significa un proyectil de loro, que es mucho más mortal que el mortero porque llega tan rápidamente que uno no tiene oportunidad de buscar un lugar seguro.

Al momento siguiente, los supervivientes, esperando que nos tocara a nosotros, recogíamos, aquí y allá, partes de los cuerpos cercenados de nuestros compañeros negros; muchos de esos cuerpos estaban tan mutilados que no eran reconocibles.

Stroyer, J. (1898). Mi experiencia en la Guerra Civil. Centro Nacional de Humanidades. Extraído de <http://nationalhumanitiescenter.org/pds/maai/emancipation/text6/stroyercivilwar.pdf>